

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

Historias de bebés que se hacen pis en la cama

ANTHEA MACBRIDE
FLORENCE GRANT
CHRISTINE TEDDY

Historias de bebés que se hacen pis en la cama

Historias de bebés que se hacen pis en la cama

*Anthea MacBride
Florence Grant
Christine Teddy*

Primera publicación: 2026

Derechos de autor © AB Discovery 2026

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en ninguna forma, por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Historias de bebés que se hacen pis en la cama

Título: Historias de bebés que se hacen pis en la cama

Autora: Anthea MacBride

Editor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2026

www.abdiscovery.com.au

Historias de bebés que se hacen pis en la cama

Contenido

Historias de bebés que se hacen pis en la cama.....	2
El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la cama de forma descarriada.....	12
Capítulo 1: Un golpe suave	13
Capítulo 2: Tras puertas cerradas.....	17
Interludio: Cosas tranquilas.....	21
Capítulo 3: Fugas y etiquetas.....	24
Capítulo 4: Té y juego tranquilo	28
Capítulo 5: Elise en el espejo.....	31
Capítulo 6: Sábanas mojadas y brazos abiertos	34
Interludio: Pequeños pasos en el ala de la guardería.....	37
Interludio: Confía así.....	40
Capítulo 7: El espacio intermedio de Casey	43
Capítulo 8: El visitante	46
Capítulo 9: Cuna compartida	49
Capítulo 10: Planes de anidación	52
Capítulo 11: La primera mañana de Ava.....	56
Capítulo 12: El derretimiento de Marta.....	59
Capítulo 13: La fiesta del té del Orgullo Bebé.....	62
Capítulo 14: La queja	65
Capítulo 15: El niño de las sábanas de oro	69
Capítulo 16: Tradiciones de la casa.....	73
Capítulo 17: El niño visitante.....	77
Capítulo 18: Dos visitantes a la vez.....	81
Capítulo 19: El B&B del enuresis.....	84

<i>Historias de bebés que se hacen pis en la cama</i>	
Capítulo 20: Día de apertura.....	87
Capítulo 21: Noche de cuna para dos	90
Capítulo 22: Un visitante del pasado	93
Capítulo 23: Historias de hojas	96
Capítulo 24: Comienza la sala de anidación.....	98
Capítulo 25: La primera noche de anidación.....	100
Capítulo 26: Una pregunta importante.....	103
Capítulo 27: El legado de Mildred.....	106
Epílogo.....	108
Historias de una cama mojada.....	110
Introducción.....	111
Lo seco está sobrevalorado	112
Capítulo uno – El nuevo compañero de casa.....	112
Capítulo dos – La rutina de Eli.....	114
Capítulo tres – La confesión silenciosa de Jeremy	116
Capítulo cuatro – Primera mañana.....	118
Capítulo cinco – La casa de las cosas diferentes.....	120
Capítulo seis – La reunión de la casa.....	122
Capítulo Siete – Fuera de la casa.....	124
El ritual del lino.....	126
Capítulo uno – Un regreso silencioso.....	126
Capítulo dos – Después de la lavandería	128
Capítulo tres – En mitad de la noche.....	130
Capítulo cuatro – El estante de lino.....	132
Capítulo cinco – Aguas compartidas	134
Capítulo seis – Día de la sábana	136

<i>Historias de bebés que se hacen pis en la cama</i>	
Capítulo Siete – Quedarse en casa.....	138
Capítulo ocho – Invitaciones	141
Capítulo Nueve – Pertenencia.....	143
Capítulo diez – Sobreviviendo juntos	145
Capítulo Once – La colcha de los pequeños permisos	147
Capítulo doce – El cajón de las mantas.....	149
Remojo a la luz de la luna:.....	151
Capítulo uno – La casa tranquila.....	151
Capítulo dos – Ecos en el lino.....	153
Capítulo tres – Lo que no necesita arreglo.....	155
Capítulo cuatro – El secreto guardado en secreto.....	157
Capítulo cinco – Lluvia en el jardín.....	159
Capítulo seis – El diario de lino	161
Capítulo Siete – Cartas a los muertos.....	163
Capítulo ocho – El visitante	165
Capítulo Nueve – Día de Mercado.....	167
Capítulo diez – Un nuevo presidente del club	169
Capítulo once – Lluvia en el tejado	171
Capítulo Doce – El Visitante.....	173
Porcelana y lluvia:	175
Capítulo uno – El aroma de la lluvia	175
Capítulo dos – Manos de barro.....	177
Capítulo tres – Un diario de humedad	179
Capítulo cuatro – El visitante	181
Capítulo cinco – El cuarto húmedo	183
Capítulo seis – Noche de estreno.....	185

<i>Historias de bebés que se hacen pis en la cama</i>	
Capítulo Siete – Regreso al Agua.....	187
Capítulo ocho – El río interior	189
Capítulo Nueve – Tócame Suavemente.....	191
Habitación 9c	193
Capítulo uno – La petición.....	193
Capítulo dos – Rituales matutinos	196
Capítulo 3 – Respeto	198
Capítulo 4 – La preferencia	200
Capítulo 5 – Reconocimiento	202
Capítulo 6 – La sonrisa del ama de llaves	204
Capítulo 7 – A la luz de la mañana	206
Capítulo 8 – Testigos.....	209
La habitación de invitados.....	212
Capítulo uno – La habitación de invitados.....	212
Capítulo dos – El ritual matutino.....	215
Capítulo tres – Suavidad y soporte	219
Capítulo cuatro – Caras nuevas y preguntas silenciosas	222
El suave regreso	224
Capítulo uno – Los años secos	224
Capítulo dos – Recordando cómo ser amable.....	227
Capítulo tres – La primera humedad	229
Capítulo cuatro – La voz de la madre	231
Capítulo cinco – Una semana de calidez	233
Capítulo seis – El vestido rosa	235
Capítulo Siete – Apoyo Encontrado	237

Historias de bebés que se hacen pis en la cama

Capítulo Ocho – El Regreso Totalmente Sentido	239
Las manchas que conservaba	241
De nuevo en casa	242
Hablando de la cama	245
La nueva portada	247
Una pregunta valiente	250
Habitación para dos	252
Dos tazas	254
Alguien más como yo	256
Algo en común	258
Dos en la cama	260
Esfuerzo de equipo	262
La casa de Theo	263
La tercera cama	267
La Hermandad de la Cama Mojada	270
Siestas especiales y hogares seguros	272
Debajo de la colcha	274
La charla	276
Mamá confiada	280
Rituales y ondas	284
Los tres nosotros	289
Una cama se convierte en muchas	293
Creciendo en la colcha	296
Una vez y siempre	299
Epílogo: Para la niña o el niño que sostiene este libro ...	300
Capítulo uno: Las sábanas que guardaba	303

<i>Historias de bebés que se hacen pis en la cama</i>	
Capítulo dos: La octava noche	310
Capítulo tres: La tercera noche	314
Capítulo cuatro: La habitación cerrada.....	317
Capítulo cinco: Preparación de la habitación.....	330
Capítulo seis: La visita	332
Capítulo siete: Luz de la mañana.....	335
Capítulo ocho: Mañanas compartidas y una pregunta....	339
Capítulo Nueve: El regalo de unas cuantas noches más.	342
Capítulo diez: Un regreso en un clima tranquilo.....	346
La dicha de mojar la cama	348
Introducción:.....	350
Capítulo 1: El momento dichoso.....	351
Capítulo 2: Noches sin pañal para la dicha de mojar la cama:	354
Capítulo 3: Protegido y mimado.....	358
Capítulo 4: Sábanas, plástico y orgullo.....	361
Capítulo 5: Mojarse juntos: Enuresis doble y entrega compartida.....	364
Capítulo 6: Rituales y Registro	367
Capítulo 7: Cambiar o quedarse — Decisiones sobre sábanas mojadas.....	370
Capítulo 8: Tu cama como lugar seguro	373
Epílogo: Un suave adiós (y un mañana húmedo).....	376
"El lado cálido de la cama"	378
"La noche que no cambió las sábanas"	381
"El segundo remojó"	384
"Las sábanas en la habitación de invitados"	387

<i>Historias de bebés que se hacen pis en la cama</i>	
“Un charco entre nosotros”	388
“La colcha que no se lavó”	389
La guía del orgullo de la cama mojada	390
Guía del Orgullo de la Cama Mojada: El compañero del mundo para quienes se mojan la cama	391
Análisis en profundidad de la enuresis de esta edición	395
Dos en un charco	398
Desayuno para los empapados	400
De esquina a esquina	405
Dos noches más.....	411
Los días que siguieron	415
Fernshade Hollow	417
Primera noche en Fernshade Hollow	419
Dejar ir.....	424
Mañana en medio de todo.....	427
Decir la verdad	430
Leonora	435
La historia de Lenora	438
Sostenido mientras se remoja	441
Hojas sin cambios.....	447
El nombramiento.....	450
Siete días en el santuario.....	453
Una nueva reflexión.....	456
Empapado y sonriente	464
El mameluco compartido	466
Picnic en el jardín	471

<i>Historias de bebés que se hacen pis en la cama</i>	
La cuna junto a Carol.....	478
Primera noche en la cuna.....	481
Alguien con quien compartir la cuna.....	487
Alabanza matutina y un mono para dos.....	491
La pregunta de la mañana.....	496
Llegada al Nido del Mar	499
Sol y remojo, arena y amor	504
Amanecer, remojo y un regalo de despedida	507
La colina sobre el mundo	509
Alabanza matutina y un círculo de amor para el bebé....	513
El hogar es una cama mojada	520

*El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la
cama de forma descarriada*

El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la cama de forma descarriada

Anthea MacBride

Capítulo 1: Un golpe suave

La lluvia había parado hacía una hora, pero los calcetines de Jeremy seguían mojados. Estaba de pie bajo el toldo descolorido del porche, agarrando una bolsa de lona con una mano y una bolsa de plástico con la otra. La bolsa pesaba mucho y goteaba. Dentro, su única muda de ropa estaba húmeda, al igual que un paquete de humillantes pull-ups para adultos, ya abierto, medio vacío.

Echó un vistazo a la placa de bronce junto a la puerta. Decía simplemente: M. Hensley – Residencia privada. Alojamiento con cita previa. Debajo, con letras pintadas a mano, alguien había añadido más tarde: Un lugar para descansar. Un lugar para empezar.

Jeremy no sabía si esa línea era para gente como él, pero el folleto en la carpeta de su asistente social decía que acogía a "personas que necesitaban cuidados especiales" y que estaba "familiarizada con los problemas de continencia en adultos". Eso bastó para que escribiera. Apenas. No tenía ningún deseo real de compartir sus problemas con nadie, pero la vida lo había forzado. Ahora estaba... sin hogar, en gran parte por su enuresis. Y ahora estaba allí, temblando, cansado y dolorosamente consciente de que la humedad en sus pantalones no era solo por la lluvia. Suspiró.

Tocó una vez, muy suavemente. Estaba cansado y harto de todo.

La puerta se abrió casi al instante, como si Mildred lo hubiera estado esperando. Era mayor de lo que Jeremy había imaginado, quizá sesenta y tantos, con rizos cortos y plateados y una mirada clara e inteligente. Llevaba un cárdigan largo sobre una blusa floreada y pequeños pendientes de oro con forma de taza de té. Su rostro no sonreía exactamente, pero no había sorpresa en él. Tampoco lo juzgaba, solo... estaba dispuesta. Parecía que incluso podría... importarle. Esa sería una experiencia nueva para él.

"Debes ser Jeremy", dijo cálidamente.

*El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la
cama de forma descarriada*

Él asintió porque no podía hablar.

Entra, cariño. Vamos a secarte.

El recibidor era tranquilo y acogedor, con luces cálidas, aire cálido y el aroma a comida caliente y madera vieja. Se oía un suave tictac proveniente de un reloj de pie en la esquina, lo que le confirmaba que se trataba de una casa consolidada. Contaba con algunas de las comodidades de la antigüedad.

Mildred le quitó la bolsa mojada sin decir nada y la dejó sobre una estera cerca del paragüero. El olor no le inmutó. Ni siquiera bajó la vista hacia sus pantalones.

—Hay un baño justo ahí —dijo, guiándolo con suavidad—. Hay toallas limpias en la barra. Encontrarás ropa seca en el banco. Puedes quedártelas. Supuse que serías de tu talla, pero quizá te queden un poco grandes.

Jeremy asintió levemente, y la garganta le ardía de vergüenza. Se giró para irse, pero ella volvió a hablar con dulzura: «Cuando estés caliente y lista, ven a la cocina. Te prepararé té y algo de cenar. No hay prisa. Ve a tu propio ritmo».

Más tarde, vestido con unos pantalones deportivos grises y una camisa de franela un poco grande, Jeremy entró en la cocina. Mildred había preparado una bandeja con sándwiches, fruta cortada y una taza humeante con un palito de miel al lado. Se sentaron un momento en silencio mientras él comía. Era la primera comida de verdad que había probado en todo el día. Cuando iba por la mitad del té, ella habló.

Jeremy, esta casa se basa en unos principios sencillos. No me importa de dónde vengas. Me importa cómo te tratas a ti mismo y a los demás. Eso significa amabilidad, honestidad, respeto y privacidad.

Cruzó las manos sobre la mesa. «En esta casa no hay vergüenza. No hay vergüenza en mojar la cama, ni en los accidentes diurnos, ni en los pañales, ni en elegir no usarlos. Haz lo que te ayude

*El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la
cama de forma descarriada*

a sentirte segura, limpia y bien. Eso es todo. Tu manera es la correcta, sea cual sea».

Jeremy la miró fijamente. Un nudo en el pecho se le hinchó hasta que apenas pudo respirar.

—No tienes que hablar —añadió en voz baja—. Ahora no. Has tenido un día muy largo.

—Yo... —Se le quebró la voz—. Intento no necesitarlos. Pero cuando tengo miedo, o... he hecho un viaje largo, o... a veces simplemente no me despierto.

Ella asintió. "No pasa nada. No serás la única aquí que los necesite a veces. Ni siquiera siempre. Y cada mañana, hay camas mojadas en esta casa. Nadie juzga a nadie por cómo decide hacer las cosas".

Dejó escapar un suspiro como si lo hubiera estado conteniendo toda su vida.

Su habitación era pequeña y perfecta, con sábanas limpias, una colcha azul pálido, una cómoda con un tazón de mentas envueltas y una funda de colchón impermeable que crujía suavemente al sentarse. Reconoció el sonido al instante. Había pasado toda su vida con protectores de colchón de plástico crujientes. Irónicamente, el sonido lo tranquilizó, pues sabía que al principio los protectores de plástico eran silenciosos y solo se volvían ruidosos después de mojarse cientos, quizás miles, de veces.

¡Esta sí que es una casa de mojadores!, pensó en silencio.

Mildred puso su ropa limpia en una silla. «Si quieres usar el ala de la guardería para la siesta más tarde, eres bienvenido. Tenemos un cambiador ahí, pero nadie tiene que usarlo. Puedo enseñártelo mañana».

“¿Un ala de guardería?”

Algunos lo encuentran reconfortante. Lo construí para gente como mi hermano. Se hizo pis en la cama hasta los cincuenta y cuatro años.

Jeremy parpadeó. Mildred sonrió levemente.

El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la cama de forma descarriada

Nuestra madre intentó sacárselo a golpes. Yo intenté que se lo quitara con cariño. Para ser sincera, ninguna de las dos cosas funcionó. Lo que le ayudó fue esto: tener un lugar seguro donde pudiera dormir como necesitara, vestirse como quisiera y no mentir más. Por eso abrí este hogar. Para él primero. Y ahora, para los demás. Para otros como tú.

Jeremy la miró en silencio.

“Aquí estás a salvo”, dijo. “Duermes seco o mojado. Duermes con pañal o sin él. Lavamos las sábanas si es necesario, o incluso si no quieres lavarlas. Y aquí nadie se sorprenderá. La honestidad y la libertad son nuestra prioridad”.

Apagó la luz y le dejó una lamparita en la pared con forma de osito. Era algo extraño para la habitación de un adulto, y aun así, sonrió al verla. Había usado lamparita durante muchos años hasta que se avergonzó.

Jeremy se acurrucó bajo las sábanas, con la franela caliente contra su piel, y escuchó los tenues sonidos de la casa a su alrededor. Por primera vez en meses, no se preparó para la mañana. Simplemente se durmió, sabiendo que estaba protegido no solo por el protector de plástico, sino también por la bienvenida y aceptación de Mildred.

Capítulo 2: Tras puertas cerradas

Mildred nunca llamaba a menos que fuera necesario. Había una regla de oro: Mildred podía ir a cualquier parte a cualquier hora, como si fuera una madre y todos los residentes fueran niños pequeños. Para todos, la metáfora era asombrosamente precisa.

Recorrió el pasillo en silencio después de que Jeremy se hubiera acostado, comprobando las suaves luces nocturnas, ajustando el difusor del pasillo a una niebla naranja y colocando con cuidado una flor fresca en la botella de cristal junto al fregadero. Los pequeños detalles importaban. Un lugar como este no se basaba en reglas, sino en la confianza. Y en el ritmo.

Detrás de las puertas de los dormitorios, sus residentes se preparaban para la noche a su manera, cada una diferente, cada una silenciosamente extraordinaria.

La habitación de Ezra era la primera a la izquierda. Su puerta siempre estaba entreabierta, nunca del todo abierta. Mildred pasó sin mirar dentro, pero sabía lo que había dentro: orden perfecto.

Había tres pantalones, cuatro camisetas blancas y una maleta pequeña que nunca se había desempacado del todo. Ezra nunca se desperdició. Dobló sus calcetines con precisión simétrica y alineó sus pantuflas debajo de la cama antes de acostarse.

En realidad, su vida fuera de estas paredes era mínima. Había trabajado en informática, pero ahora solo se dedicaba a contratos remotos. No le gustaban las oficinas ni los espejos. Su voz era suave, siempre cautelosa. Sus manos se demoraban demasiado tiempo sobre tazas de té floreadas cuando nadie lo veía.

Cada noche, Ezra dormía la siesta solo, no porque le gustaran, sino porque temía despertarse empapado y avergonzado. Usaba calzoncillos de calidad médica y los guardaba en un cajón sin marcar. Luego, ponía una segunda toalla sobre la sábana ajustable, por si acaso. Todo estaba oculto y controlado. Pero Mildred siempre notaba

El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la cama de forma descarriada

que lo último que hacía antes de dormir era llevarse una mano brevemente al pecho... como si recordara algo o a alguien.

Sabía que su verdadero nombre no era Ezra. Al menos, no el original. Le había ofrecido cambiarlo cuando se mudó. Esperaba que algún día la dejara ayudarlo a encontrar el correcto.

Desde el pasillo, la puerta de Casey era imposible de pasar por alto. Estaba cubierta de pegatinas desordenadas, capas de carteles descascarillados y un imán que decía *"Vuelve más tarde, estoy de humor"*.

Dentro, la habitación parecía como si un torbellino se hubiera instalado. Había ropa sucia apilada, equipos de música conectados sobre el escritorio, una lámpara de lava latía lentamente junto a un tazón de cereales a medio comer. Pero bajo el caos, Mildred había descubierto algo especial.

Casey guardaba un cajón que nadie más veía. Dentro había pijamas de tres patas con estampados pastel, un muñeco de adulto y un elefante de peluche con una oreja destrozada.

No usaba pañales constantemente. Algunas noches, sí, otras prefería mojar sus calzoncillos y tirarlos al cesto de la ropa sucia. Había algo desafiante en la forma en que Casey se mojaba, como una protesta o un gruñido en la oscuridad. Había crecido siendo castigado por ello, abofeteado e incluso enviado al colegio con la ropa sucia como "disciplina".

En casa de Mildred, él era el que más se reía en la cena, inventaba canciones sarcásticas sobre "amigos pipí" e insistía en que estaba bien. No era así.

Pero cuando Mildred dejaba pijamas pequeños y doblados en el estante de la ropa sucia, Casey nunca le daba las gracias. Simplemente los tomaba en silencio y los usaba las noches en que su ira se transformaba en tristeza.

El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la cama de forma descarriada

La habitación de Marta no tenía olor. No había desorden. No había suavidad.

Llegaba del trabajo a la misma hora todas las noches, con la chaqueta aún oliendo a aceite y metal de fábrica. La colgaba con precisión en el gancho. No hablaba mucho. Se rodeaba de un muro de piedra.

Todas las noches, se tomaba medio batido de proteínas y se daba una ducha rápida y caliente. Luego se ponía unas braguitas de algodón grueso, ponía una toalla vieja sobre el colchón y se dormía. Por la mañana, la toalla estaba empapada, al igual que la sábana de debajo. Nunca pedía pañales ni ayuda.

Lo que Mildred había descubierto, solo porque lavaba la ropa, era que Marta nunca cambiaba las sábanas entre semana. Solo los domingos, cuando sacaba un juego limpio del armario del recibidor y las cambiaba sin decir palabra. Su habitación olía ligeramente a orina. No parecía molestarle el aroma.

Una vez, durante la admisión, Marta dijo: «No necesito que me arreglen. Solo necesito espacio. Me hago pis en la cama desde los nueve años. Mi ex lo odiaba. Yo no».

Mildred lo respetaba y lo comprendía por completo. Que Marta se orinara no era algo vergonzoso. Para ella, era parte de su ser. No lo ocultaba, en realidad no. Simplemente no hablaba de ello. Al menos, todavía no.

Mildred estaba sentada en su sillón junto a la chimenea mientras el reloj de pie marcaba suavemente las nueve.

Abrió un cuaderno, su propio registro privado, y anotó:

Llegó Jeremy. Un alma gentil. Ansioso pero receptivo.

Ezra volvió a mirar la puerta de la habitación de los niños. Un día, pronto.

Casey tomó la durmiente amarilla de la línea y no bromeó al respecto.

Marta dejó sus sábanas dobladas en el banco. Se llevó el juego de sábanas blanco.

*El hogar de Mildred para los que se hacen pis en la
cama de forma descarriada*

Ella nunca espío ni fisgoneó, sino que observó como observan los jardineros... viendo dónde cae la luz y cómo las raíces se extienden bajo tierra.

La casa no era perfecta, pero algo hermoso crecía en ella, y lo hacía lentamente. Y esa noche, por primera vez en semanas, las cuatro habitaciones estaban llenas.